

llámesel *Dittoecheum* (mejor que el *Dittochaeum*), llámesel *Dittoecheum amoebum*, siempre resulta la misma idea, y no hay para qué cavilar si el poema será o no de Prudencio, sino de algún autor llamado *Ameno* o *Festivō*. Porque de Prudencio se ha creído siempre el poema, a Prudencio denuncia el estilo y ciertas frases predilectas, y el poema es digno del gran poeta, si lo miramos conforme al criterio que acabamos de exponer.

F. OGARA.

El Corazón de Jesús en la primitiva literatura cristiana.

Con el adelanto de los estudios históricos aparece más claro cada día cuán infundada era la acusación de novedad que en un principio se lanzó contra la devoción al Corazón de Jesús. Ahora vamos a presentar dos de los escritos más antiguos de la primitiva literatura cristiana, descubiertos hace pocos años, en que se habla ya de alguna manera del Corazón del Salvador: las *Odas de Salomón* y el *Evangelio de los Doce Apóstoles* (1). Claro está que por su carácter apócrifo, aunque no heterodoxo, claramente a lo menos, quizás no sean estos dos escritos tan a propósito para fundar una demostración teológica; mas si se miran desde el punto de vista histórico, como manifestaciones espontáneas de la tendencia tan natural a simbolizar en el corazón el amor y toda la persona, no carecen de interés, por lo menos a título de curiosidad. De las *Odas de Salomón*, como documento en que se habla del Corazón de Jesús, ya se ha hecho alguna mención (2), si bien, a nuestro juicio, menos completa. Del *Evangelio de los Doce Apóstoles* ni siquiera esa mención deficiente sabemos se haya hecho.

I.—En las *Odas de Salomón* cuatro veces se habla del Corazón de Jesús: IV, 5; XVI, 20; XXVIII, 18 y XXX, 1-7. No todos estos pasajes tienen el mismo valor ni la misma significación.

(1) Las *Odas de Salomón* fueron publicadas en octubre de 1909 por Rendel Harris, juntamente con los *Salmos de Salomón* en Cambridge, con el título de *The Odes and Psalms of Solomon, now first published from the Syriac version*.—El *Evangelio de los Doce Apóstoles* fué publicado por E. Revillout, como primera parte de *Les Apocryphes coptes*. Forma parte de la *Patrologia Orientalis*, dirigida por R. Graffin y F. Nau, tom. II, págs. 117-198 (París, 1907). En las citas que aducimos, los números encerrados en paréntesis cuadrados, corresponden a la paginación propia del *Evangelio de los Doce Apóstoles*; los otros números a la numeración del tomo segundo de la *Patrologia Orientalis*.

(2) La hizo, aunque más bien desvirtuando en este punto la significación de las Odas, el Padre Lejay en el *Bulletin d'ancienne littérature et d'archéologie chrétiennes*, París, 1911, pág. 60. Reproduce la observación de Lejay el P. J. V. Bainvel en su magnífico libro *La Dévotion au Sacré-Coeur de Jésus*. Appendix II, III, I (París, 1919), págs. 623-624. y a ella alude también el P. F. Palmés en su artículo *La doctrina de la gracia en las Odas de Salomón*, publicado en *Razón y Fe*, tomo 44 [1916, febrero], pág. 202.

El menos importante es el de la Oda XXVIII:

En vano se lanzaron sobre mí los que me perseguían,
en vano intentaron aniquilar el recuerdo del que existía antes que ellos;
porque el pensamiento del Altísimo no puede ser prevenido,
y su *Corazón* es más grande que toda sabiduría.

Aquí «Corazón», paralelo a «pensamiento», tiene el sentido de «inteligencia», tan frecuente en la Escritura.

Tampoco es muy significativo el pasaje de la Oda XVI, en que «Corazón» significa más bien «voluntad»:

Nada existe sin el Señor; porque Él era antes que nada fuese;
y los mundos han existido por su palabra y por el designio de su *Corazón*.

Mucho más importante es el pasaje de la Oda IV:

Tú has dado tu *Corazón*, oh Señor, a tus fieles;
tú no permanecerás inactivo y sin frutos...
Derrama sobre nosotros tu rocío,
abre tus ricas fuentes, de donde nos mana leche y miel.

Dos cosas merecen considerarse en este pasaje. Primeramente «Corazón» es una expresión simbólica, o a lo menos metafórica de «amor». Además este amor del Corazón se considera como principio de la gracia y de todos los beneficios de Jesucristo a los hombres. Si, sobre esto, se tiene en cuenta que la expresión «has dado tu Corazón» parece aludir a aquellas palabras de San Pablo: «Me amó, y se entregó por mí» (Gal. 2, 20), se apreciará mejor su valor en orden a la devoción del Corazón de Jesús.

Pero no cabe duda que la Oda más interesante desde este punto de vista es la XXX. Merece leerse por entero:

Sacad agua de la fuente viva del Señor,
que para vosotros ha sido abierta.
Venid, todos los sedientos, bebed,
y reposad junto a la fuente del Señor;
porque es hermosa y pura, y restaura el alma,
y sus aguas son mucho más dulces que la miel,
y el panal de las abejas no se le puede comparar;
porque brota de los labios del Señor,
y del Corazón del Señor toma su nombre,
y rebosa infinita e invisible,
y hasta que fué puesta a su alcance no la conocieron.
¡Bienaventurados los que de ella beben,
y apagan en ella su sed! ¡Aleluya!

Las frecuentes alusiones de toda la Oda a Isaías (12, 3; 55, 1) y a los Salmos (35, 9-10; 18, 11) saltan a la vista; pero no es menos real la alusión continua al Evangelio de San Juan—de cuyo espíritu están como impregnadas todas las Odas— y en especial al capítulo VII (v. 37), en que Jesús invita a todos, diciendo: «Quien tenga sed, venga a mí, y beba»; y al capítulo XIX (v. 34), donde narra el Evangelista que «Uno de los soldados hi-

rió con su lanza el costado de Jesús, y al instante salió (de la herida) sangre y agua». Combinando estos dos pasajes del Evangelista, dice la Oda:

Sacad agua de la fuente viva del Señor,
que para vosotros ha sido abierta.

Y el manantial de estas aguas regeneradoras, que brotan de sus labios, lo pone el poeta en el Corazón del Señor:

Porque brota de los labios del Señor,
y del Corazón del Señor toma su nombre.

O, como sospecha Labourt que hay que traducir:

Porque brota de los labios del Señor y de su Corazón,
pues su nombre es «el Señor».

De todos modos, si hoy quisiésemos nosotros celebrar el Corazón del Señor como fuente de aguas vivas, de santidad y de felicidad, apenas lo haríamos de otra manera, y difícilmente con más íntima poesía (1).

* * *

II.—En el *Evangelio de los Doce Apóstoles*, aunque con menos poesía, se habla más concretamente del Corazón de Jesús. En dos de los fragmentos conservados se menciona el Corazón del Salvador, y bajo distinto aspecto en cada uno de ellos.

En el fragmento tercero (págs. [33-34], 149-150) aparece el Padre celestial bendiciendo a cada uno de los Apóstoles. Al llegar a San Juan, dice: «Tú, Juan, mi amado, lazo que está atado sobre el Corazón de mi Hijo: tu espíritu y el de mi Hijo y el mío, no hay separación entre ellos. Tú serás bendecido en el reino. Amén.» La alusión a los distintos pasajes del Evangelio de San Juan, en que se habla del Discípulo amado de Jesús, que reclinó su cabeza en el seno o sobre el pecho de Jesús (Jo. 13, 23 y 25; 21, 20), es aquí manifiesta; pero con la particularidad significativa de sustituir las palabras *seno* o *pecho* por *Corazón*, y la de expresar la conexión del Corazón con el amor al apelidar al Discípulo amado con la atrevida metáfora de «lazo atado sobre el mismo Corazón de Jesús». Constan, pues, en este pasaje dos elementos importantísimos en la devoción al Corazón de Jesús: el relieve dado al Corazón y su relación con el amor de Jesucristo.

(1) Merece también citarse, aunque no hable del Corazón de Jesús, el comienzo de la Oda VIII, en cuanto ilustra la psicología del autor sobre el corazón:

Abrid, abrid vuestros corazones al gozo del Señor,
afluya vuestro amor del corazón a vuestros labios...

Más interesante es aún, en cuanto ilustra uno de los puntos más importantes de la devoción al Corazón de Jesús, cual es la relación entre el corazón y el Espíritu Santo así en Jesucristo como en nosotros, el comienzo de la Oda XXVIII:

Como las alas de las palomas se extienden sobre sus polluelos...
así las alas del Espíritu sobre mí corazón...

Es más extraño, aunque también más significativo, el otro pasaje conservado en el fragmento duodécimo (págs. [49 50], 165-166): «He aquí que un hombre de la multitud, llamado Ananías, y que era de Belén, la ciudad de David, se precipitó hacia la cruz de Jesús, corrió a él, colocó sus manos sobre las manos del Hijo de Dios. Aplicó su corazón sobre el Corazón del Hijo de Dios. Abrazó los pies de Jesús. Abrazó las manos de Jesús. Abrazó el rostro de Jesús. Abrazó el costado de Jesús, que ha sido traspasado por nuestra salud. Abrazó todos los miembros del Hijo de Dios, diciendo: «¡Oh Judíos mentirosos e inmundos! Matadme a mí, mas no matéis al Hijo de Dios; apedreadme a mí, mas no apedreéis al Hijo de Dios; crucificadme a mí, mas no crucifiquéis al Hijo de Dios; porque Jesús es mi Señor, Jesús es mi Dios. Él es el Mesías.» Además del relieve que se da al Corazón de Jesús y a su costado traspasado por nuestra salud, dos cosas son de notar principalmente en este pasaje. Es la primera, la conexión que se establece entre el amor a Jesucristo—amor ciertamente ardoroso, que lleva a querer participar la cruz y la muerte del Hijo de Dios, amor de reparación opuesto a los ultrajes de los Judíos—, y el Corazón y costado traspasado del Hijo de Dios. La segunda cosa que merece notarse, son las vislumbres místicas que se insinúan en la aplicación del corazón al Corazón de Jesucristo, que es como un conato de compenetración o fusión entre los dos corazones.

Aunque no menciona explícitamente el corazón, es digno también de recordarse el fragmento décimotercero, en que, hablando el Salvador resucitado con el Apóstol Santo Tomás, dice entre otras cosas: «No me avergüenzo de las heridas que están en mi cuerpo..., no ocultaré los trofeos de mi victoria y de mi gloria, sino que los manifestaré y haré bien patentes... Tú ves mis manos, como lo has deseado; puedes penetrar en mis llagas con tus dedos; si quieres ver mi costado, no te contristaré en esto: he aquí que te lo descubro. Trae acá tu mano, que quiere buscar y aprender. Mete tu mano en mi costado...» (págs. [52-53], 168-169).

Claro está que en estos pasajes no se contiene la devoción al Corazón de Jesús, cual hoy, después de las revelaciones del Señor a su sierva Santa Margarita María, la entendemos; mas no dejan de ser interesantes para ilustrar los oscuros orígenes de esta devoción salvadora en los albores mismos de la primitiva literatura cristiana.

JOSÉ M. BOVER.

Estudios histórico-teológicos. El primer teólogo español que imprimió la Summa en verso latino.

El primer teólogo español que imprimió las *Conclusiones primarias* de la *Summa*, de Santo Tomás, en verso latino, fué el dominico Juan Ochoa. Li-